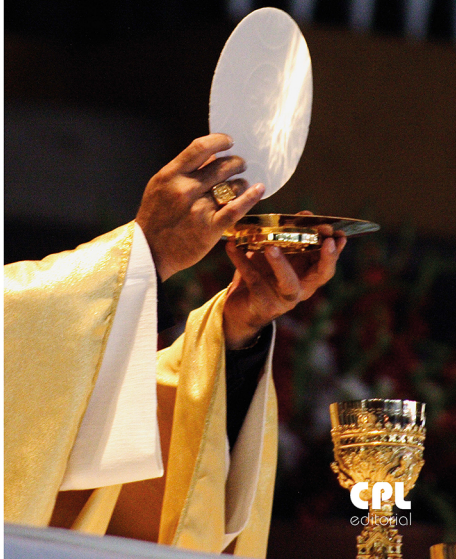


CELEBRAR

José Aldazábal

La Eucaristía

Siete catequesis



CPL
editorial

LA EUCHARISTÍA

Siete catequesis



Centro de Pastoral Litúrgica de Barcelona
Colección “Celebrar”

Director de la colección Celebrar: Josep Obach

Imagen de la cubierta: Cathopic

© Edita: CENTRE DE PASTORAL LITÚRGICA

Diputació 231 – 08007 Barcelona

Tel. (+34) 933 022 235 – wa (+34) 619 741 047

cpl@cpl.es – www.cpl.es

Primera edición: mayo de 2003

Segunda edición: abril de 2004

Segunda impresión: noviembre de 2023

ISBN: 97-84-7467-892-5

Depósito legal: B 17964-2004

Printed in UE

Imprime: Safekat, S.L.



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

SUMARIO

1. Los cristianos nos reunimos	7
2. Escuchamos la Palabra de Dios	13
3. Oramos y cantamos juntos.....	19
4. Damos gracias	25
5. Ofrecemos y nos ofrecemos	31
6. Comulgamos con Cristo	37
7. Somos enviados	43

7

SOMOS ENVIADOS

Si al principio de la misa nos sentíamos *convocados*, al final deberíamos considerarnos *enviados*.

Venimos de nuestras ocupaciones, de nuestras casas, a la reunión dominical de la comunidad cristiana. Al final salimos de esta reunión y volvemos a nuestra historia y a nuestra vida.

Esta celebración –estos tres cuartos de hora– no es algo aislado, sin relación con lo anterior y con lo siguiente. Entramos a la Eucaristía “cargados con nuestra vida” y salimos de ella con el encargo de “dar testimonio en la vida” de lo que acabamos de escuchar y celebrar.

En medio, seguramente no habrá pasado nada extraordinario ni espectacular. No saldremos llorando de emoción o aplaudiendo de entusiasmo. Pero sí es de esperar que salgamos más iluminados por la Palabra de Dios y más animados por su Eucaristía para vivir cada vez más según el estilo de vida cristiana que nos enseñó Jesús.

Un final sencillo pero cordial

El final de la misa es muy breve, pero tiene unas palabras y unos gestos muy expresivos de lo que es la Eucaristía en el conjunto de nuestra vida.

* Al terminar la distribución de la comunión, hay unos *momentos de silencio* que nos pueden resultar muy provechosos para interiorizar el misterio que acabamos de celebrar, que Cristo se nos ha dado como alimento; le damos gracias personalmente y profundizamos en nuestra unión con él;

* entonces el sacerdote nos invita a orar, y proclama por todos la *poscomunión*: es una oración breve en la que pedimos a Dios que nos ayude a prolongar en la vida lo que hemos celebrado en la Eucaristía;

* puede ser que nos den brevemente en este momento *unos avisos* referentes a la vida de la comunidad, porque todos formamos esta comunidad y nos interesa qué sucede de especial a lo largo de la semana;

* el sacerdote, antes de despedirnos, *nos da en nombre de Cristo la bendición final*; a veces, lo hace en su forma más sencilla (“la bendición de Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros”), mientras traza sobre la comunidad una gran señal de la cruz, que haremos bien en acoger trazando sobre nosotros la misma señal de la cruz, como apropiándonos con gozo de la bendición del Señor; en días más festivos, nos da una bendición más solemne, extendiendo las manos sobre la asamblea y diciendo tres peticiones, a cada una de las cuales respondemos todos “amén”;

* el sacerdote, a continuación, *nos despide con el “Podéis ir en paz”*, a lo que contestamos “Demos gracias a Dios”, y así da por concluida nuestra reunión dominical;

* puede ser, con todo, que entonen todavía *un breve canto de salida*, que tal vez cantamos, después de la bendición, antes de la despedida; pero si es al final, lo más lógico es que sea en verdad “de salida”, un canto breve mientras vamos ya saliendo si queremos.

¿Podéis ir en paz?

Se puede decir que con la Eucaristía ya hemos hecho lo más fácil: reunirnos con otros cristianos, escuchar lo que Dios nos quería decir, rezar y cantar juntos, dar gracias a Dios y ofrecerle una y otra vez el sacrificio de Cristo en la Cruz, y participar de él comulgando con su Cuerpo y su Sangre.

Al final oímos con gusto el “podéis ir en paz”. A lo que contestamos “demos gracias a Dios”, no ciertamente en el sentido de que “finalmente ha terminado esto”, sino porque nos sentimos agradecidos a Dios de que nos haya dado, en el ámbito de su Iglesia, este admirable sacramento.

Pero con la misa no termina todo. Continúa el domingo. Continúa la vida. Y este “podéis ir en paz” lo deberíamos interpretar, no ciertamente como “aquí no ha pasado nada”, sino como un envío a la vida, para prolongar la Eucaristía.

De la vida venimos a la misa y de la misa volvemos a la vida.

Ahora queda lo difícil: en nuestra familia, en el mundo del trabajo, en la sociedad, en las actividades del barrio: ¿pensamos ser consecuentes con lo que hemos escuchado y dicho y celebrado?

|| Toda la celebración ilumina nuestra vida:

|| * la Palabra que hemos escuchado debe producir frutos e ir cambiando nuestra manera de vivir;

- * hemos cantado el Aleluya: la vida de un cristiano debería ser más “aleluyática”;
- * la alabanza y la acción de gracias que hemos elevado a Dios Padre debe continuar en nuestro talante optimista y positivo, más esperanzado;
- * en la Oración Universal hemos pedido por las intenciones del mundo, y ahora nos toca trabajar para que sea verdad esa paz y bienestar que pedíamos;
- * nos hemos dado la paz antes de ir a comulgar: la Eucaristía debe hacer crecer la fraternidad en toda nuestra vida;
- * hemos comido a un Cristo entregado por nosotros: para que vayamos siendo también nosotros “entregados por los demás”;
- * al mismo Jesús a quien hemos recibido en la comunión es al que tenemos que ver presente en la persona del prójimo, sobre todo del que pasa hambre y necesita de nosotros.

La Eucaristía no nos deja tranquilos. El “podéis ir en paz” no es un tranquilizante. Quiere decir más bien “sois enviados”. No podemos salir de misa igual que como hemos entrado. No hemos ido a misa sólo porque era precepto, o para satisfacer una necesidad religiosa. Sino para ir creciendo en la vida que Cristo nos comunica.

Lo que hemos celebrado nos debe dar fuerzas para dar luego testimonio de nuestra fe cristiana en la vida, en nuestro trabajo, en nuestra familiar y social.

Unos textos intencionados

El Misal, en su introducción, describe así la parte final de la misa: “despedida del pueblo por parte del diácono o del sacerdote, para que cada uno regrese a sus honestos quehaceres, alabando y bendiciendo a Dios” (Misal, IGMR 90).

En la oración *poscomunión* muchas veces el sacerdote le pide a Dios, de parte de toda la comunidad, que haya sintonía entre lo que hemos celebrado y lo que vamos a vivir en nuestra historia de cada día:

Oh Dios, Padre de todos los hombres,
que nos haces participar
de un mismo pan y un mismo Espíritu
como anticipación del convite eterno.
Te pedimos
que quienes formamos la multitud de tus hijos,
manteniéndonos en la unidad de la fe,
edifiquemos unánimes el reino de la justicia y de la paz.

Señor, te suplicamos concedas a tus hijos,
que se juntan en tu amor y participan en un mismo pan,
la gracia de la caridad y de las buenas obras,
para que puedan presentarse ante el mundo
como verdaderos testigos de Cristo.

La *despedida* clásica (el “ite, missa est” latino) es: “Podéis ir en paz. Demos gracias a Dios”. Pero el sacerdote o el diácono pueden utilizar otras que ofrece el Misal y que conectan la Eucaristía que acabamos de celebrar con la vida a la que volvemos:

La alegría del Señor sea nuestra fuerza.
Podéis ir en paz.

Glorificad al Señor con vuestra vida.
Podéis ir en paz.

Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz.

Cristo da unidad a nuestra misa y a nuestra vida

Nos hace mucho bien entender mejor la presencia real de Cristo en la Eucaristía y en la vida, que ahora se ve en una perspectiva más amplia.

Cristo Jesús, el Señor Resucitado, se nos hace presente en nuestra vida de diversas maneras:

* la presencia más excelente es que el Señor Resucitado se identifica con el pan y el vino, para dárse nos en comunión, “tomad y comed”;

* pero esta comunión está preparada por la presencia, también real, de Cristo en su Palabra: Cristo es la Palabra viviente que Dios nos comunica;

* y aún antes por su presencia en la comunidad y en la persona del ministro que preside la celebración: “cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo”;

* después de la celebración, la presencia de Cristo se prolonga en el sagrario, donde sigue siendo Pan disponible para los enfermos (sobre todo para los moribundos) y para los que no han podido acudir a la celebración;

* de otro modo sigue estando también realmente presente en la persona de los demás, sobre todo de los pobres y enfermos (“a mí me lo hicisteis”);

* también lo está en los demás sacramentos, todos los cuales son “fuerzas vivas que emanan del Cristo vivo” (Catecismo 1116), “cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza”, “cuando alguien absuelve, es Cristo quien absuelve”;

* y en la oración, sobre todo en la Liturgia de las Horas: el mismo Jesús, Orante supremo también ahora, como Resucitado,

nos incorpora a su oración, haciéndonos “concelebrar” la oración con él, alabando al Padre y pidiendo por el mundo.

Esta multiforme presencia del Resucitado es lo que da unidad a nuestra vida entera. No sólo la Eucaristía, los sacramentos y la oración litúrgica, sino también la comunidad misma, su misión y su servicio de fraternidad para con los demás, todo queda unificado por el Señor Jesús que nos está presente en cada momento, como él mismo nos aseguró: “yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Eso sí, la Eucaristía es el sacramento en que con mayor densidad se nos comunica Cristo Jesús para hacernos partícipes de su vida. Como los dos discípulos de Emaús, también nosotros reconocemos en cada Eucaristía la presencia viva del Señor: ellos le reconocieron en la “fracción del Pan”, en su Palabra (“¿no ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras?”) y en la comunidad, a la que volvieron apresurados, para oír también allí la experiencia de que Cristo había resucitado y se había aparecido.

La Eucaristía, importante en nuestra vida

La comunidad cristiana lleva ya dos mil años celebrando este sacramento con gozo y gran fruto: se reúne, escucha la Palabra y recibe el alimento eucarístico de su Señor. Y en esta celebración es donde de modo privilegiado va reconstruyendo continuamente sus propias raíces y se mantiene fiel a su fe.

En el programa que el papa Juan Pablo II nos ha dado para el tercer milenio, en su exhortación del 6 de enero del 2001 (*Novo millennio ineunte*), llama la atención el énfasis que pone en la importancia de la Eucaristía dominical para el futuro de la comunidad cristiana:

“Debemos dar un realce particular a la Eucaristía dominical y al domingo mismo...: es un deber irrenunciable, que se ha de vivir no sólo para cumplir un precepto, sino como necesidad de una vida cristiana verdaderamente consciente y coherente. Estamos entrando en un milenio que se presenta caracterizado por un profundo entramado de culturas y religiones incluso en países de antigua cristianización... Esto nos pone ante el reto de testimoniar con mayor fuerza, a menudo en condiciones de soledad y dificultad, los aspectos específicos de la propia identidad... La Eucaristía dominical, congregando semanalmente a los cristianos como familia de Dios, en torno a la mesa de la Palabra y del Pan de vida, es también el antídoto más natural contra la dispersión...” (NMI 35-36).

En un mundo que nos lleva a un creciente enfriamiento en la fe, y que nos sitúa en una notoria mezcla de culturas religiosas, la Eucaristía de cada domingo es hoy más que nunca central para la comunidad cristiana, la que más eficazmente ayuda a un cristiano o a una familia, a ir creciendo y madurando en su fe, renovando continuamente su identidad, a la luz de la Palabra de Dios.

La Eucaristía no es sólo un precepto. Ni sólo un momento de religiosidad que puede darnos paz y sosiego interior. Son tan importantes los valores que comporta, que la conciencia de su obligatoriedad para un cristiano le nace de dentro. Así lo entendió la comunidad cristiana desde el principio. En la carta a los Hebreos (10,24) ya se avisaba de que no faltaran a la reunión dominical, como algunos ya tenían costumbre de hacer...

La Eucaristía dominical nos ayuda en nuestro camino cristiano.

El año 304, en Abitene, en el norte de África, los cristianos sufrieron una dura persecución, la de Diocleciano. Un domingo entró la

policía romana en una casa donde celebraban la Eucaristía unos cincuenta cristianos, que murieron todos mártires. Niños y jóvenes, humildes trabajadores y senadores. El presbítero Saturnino fue uno de los primeros en morir.

Cuando le tocó el turno a Emérito, un laico, lector de la comunidad, en cuya casa se tenía precisamente la reunión, sucedió un diálogo muy interesante entre el juez y él. El juez le recriminó que se hubiera tenido la reunión en su casa, cosa que estaba totalmente prohibida. Y Emérito contestó con una frase lapidaria que se ha hecho famosa: “sine dominico non possumus”, nosotros, sin el domingo (sin lo que celebramos el domingo, la Eucaristía) no podemos.

¿Cómo hubieran podido aquellas familias cristianas conservar su fe y su identidad de seguidores de Cristo Jesús, en medio de una sociedad pagana y además perseguidos, si no hubiera sido porque cada domingo se reunían, animándose unos a otros, y escuchaban la Palabra de Dios, y celebraban la Eucaristía?

Podemos afirmar que en las circunstancias actuales, en medio de una sociedad secularizada, una familia, o una comunidad, o un joven cristiano, no podrán mantener su fe y su identidad si no son fieles a este encuentro semanal con la comunidad y con el Señor, con su Palabra, con su Alimento de vida eterna. Si en el siglo IV era necesaria la celebración de la Eucaristía para los cristianos del Norte de África, igualmente lo es ahora para todos los cristianos.